



ADMINISTRACIÓN:

RONDA DE LA UNIVERSIDAD, N.º 14

BARCELONA

APARTADO DE CORREOS: 147

Teléfono: 1150

DIRECTOR POLÍTICO:

D. FRANCISCO DE P. OLLER

REVISTA POLITICO-MILITAR ILUSTRADA

DIRECTOR ARTÍSTICO:

D. PACIANO ROSS

COLABORADORES

Excmo. Sr. D. Hermenegildo Díaz de Cevallos.

Excmo. Sr. Marqués de Valde-Espina.

Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.

Excmo. Sr. Barón de Sangarrén.

D. Antonio Brea.

Excmo. Sr. Marqués de Tamarit.

D. Joaquín J. Llorens Fernández de Córdova.

D. Juan Vidal de Llobatera.

D. Ramón Vila y Colomer.

D. Tirso de Olazábal.

D. Manuel Rodríguez Maílo.

D. Reynaldo Brea, ex Oficial de E. M. del Ejército alfoncino.



Alvaro Godoy

CARTA DE DON CARLOS DE BORBÓN

PALACIO LOREDÁN 2 DE ABRIL DE 1890.

Mi querido Cerralbo: Mucho agradezco tu carta, elocuente resumen de tu viaje por Cataluña. ¡Con qué orgullo he visto las espléndidas manifestaciones de que has sido objeto, y con qué entusiasmo he leído los levantados discursos pronunciados por ti y tus dignos compañeros!

Aclamado tantas veces por el pueblo español, fácilmente imagino tu emoción al asistir á espectáculos semejantes.

No quiero que salgas de esa tierra de valerosos y de fuertes sin enviarte un saludo de gratitud para todos los que ahí te han formado escolta de honor.

Diles que en ellos reconozco á mis fieles de siempre: á los que me dieron en el fragor de los combates la medida de su fe y de su heroísmo, y en la tristeza del destierro la de su abnegación y su constancia.

Repíteles que, según frase tuya, tan oportuna como gráfica, sólo mi cuerpo vive expatriado, pero mi alma y mi corazón no han salido de España, desde que abandoné, catorce años hace, su suelo bendito.

Gracias también, mi fidelísimo Cerralbo, por la exactitud escrupulosa con que has transmitido por doquiera las palabras que yo te encargué, de cariño entusiasta para los carlistas, de atracción para los que no lo sean, de paz, de perdón y de caridad para todos.

Palabras que no caerán, seguramente, en un terreno ingrato, pues tu viaje es muestra elocuentísima de lo que son el espíritu carlista y el espíritu español, y de que ambos se confunden en uno solo: el espíritu caballeresco. Los carlistas han demostrado durante tus excursiones, más fecundas y no menos gloriosas que muchas campañas, cuán ardiente y cuán honrado es su anhelo de prepararse para cumplir con nuestra misión el día que el patriotismo, que hoy nos impone la quietud, nos dicte la acción, en el terreno adonde la Providencia nos llame. Y esa misión sólo podemos llenarla manteniendo viva la fe monárquica, apoyada en las dos firmes columnas del respeto á toda autoridad legítima y del espíritu de disciplina, virtudes de que tan relevantes pruebas venis dando.

Así aparece tu viaje, con relación á los que militan en nuestro campo.

Respecto á los que se llaman nuestros enemigos, y á quienes yo me resisto á apellidar de ese modo, pues repugna á mis labios pronunciar palabras que en mi co-

razón no se encuentran, justo es rendir el merecido tributo á la actitud respetuosa con que han presenciado las grandiosas manifestaciones catalanas.

El respeto es fronterizo de la simpatía, y la simpatía es principio de persuasiva conquista.

Nadie está mejor dotado que tú para apresurar ésta por los medios pacíficos.

Tu hidalga modestia ha deferido siempre al Rey los vitores que resonaban en todas partes á tu paso. Inclínome con emoción al recibirlos; pero á mi vez los defiero al principio que represento, y que era lo que Cataluña aclamaba.

No soy el Jefe de un partido. Llevo sobre mí una herencia augusta de derechos y de deberes: la de la Monarquía española con todas sus consecuencias.

De ella seré, con la ayuda de Dios, el primer obrero en la paz y el primer soldado en la guerra.

A todos los que, reconociendo mi principio, quieran ayudarnos en la grande empresa de regenerar á España, tiendo los brazos.

Los acontecimientos abrirán los ojos á muchos que aun los tienen cerrados.

Los espero.

Levantad entretanto muy alta la bandera de la Patria y de los principios católico-monárquicos; propagad éstos, dándolos á conocer como son, en su esencia y en sus aplicaciones, y que sea nuestro lema el que yo no he dejado de repetirme ni un instante de mi vida: *Todo por España y para España.*

La aclamación popular de los leales te ha dado el nombre, con que ya te designaban mi confianza y mi cariño, de representante mío.

Representáme tal como me conoces, llevando un altar para España dentro del pecho, y no haya comarca que recorras donde no excites el celo de nuestros amigos por todos los intereses nacionales.

En Cataluña has visto la Industria, nuestra riqueza de mañana, arrastrando vida anémica y miseranda. En Valencia verás dentro de breves días á la Agricultura, nuestra riqueza de ayer, herida de muerte en sus fuentes productoras.

Reanima al pueblo laborioso y honrado, víctima y no causante de esa situación desastrosa. Incúlcale la fe en un mañana más venturoso, y háblale el lenguaje de la esperanza. Que vea en ti el precursor convencido y entusiasta del Gobierno fuerte y paternalmente protector por el que suspira.

Cuida con celo no menor de los altos intereses morales á que van indisolublemente unidas nuestra Causa y la grandeza de la Patria. Y para defenderlos procura colaboradores dotados de tu mismo carácter generoso, libres de estrechas preocupaciones sectarias y enemigos de pequeneces vergonzosas; animados, en suma, de los sentimientos de incondicional obediencia á la Iglesia y de caridad sin límites que nos ordenan á todos voces inspiradas por Dios.

Si, lo que no temo, alguno en nuestro campo faltase, con sus actos ó con sus escritos, á ese espíritu de concordia, recházale de tu lado como á un falso hermano, é invirtiendo los términos de un dicho célebre, afirma: si se puede ser católico sin ser carlista, no se puede ser carlista sin ser católico.

No me despido de ti, mi querido Cerralbo, sin darte un encargo, tan dulce para tu corazón como para el mío.

Que tu último grito, al salir de Barcelona, sea, en mi nombre, un ¡viva Cataluña! y el primero al pisar la ciudad del Cid y de Don Jaime, un ¡viva Valencia!

A ambos contesta de antemano, desde el fondo del alma, con un ¡viva España! que todo lo dice,

Tu afectísimo

CARLOS.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR MARQUÉS DE CERRALBO EN LA VELADA QUE EN SU HONOR CELEBRÓ EL CÍRCULO TRADICIONALISTA DE TORTOSA EN LA NOCHE DEL 24 DE MARZO DE 1890 EN EL TEATRO PRINCIPAL.

SEÑORES:

CON sólo pensar que estamos en Tortosa, en la leal y carlista Tortosa, ni puede asombrarme la espléndida manifestación de ayer mañana, ni era posible menos que una plaza pública para congregarnos, que ni aquí ni en ninguna parte hay salón capaz de contener los miles de carlistas que, deseando dejar hablar á sus corazones, vienen á oír como los nuestros amantísimamente les saludan, y todos, en patriótico abrazo, elevan el más entusiasta homenaje á nuestro augusto y amado jefe Don Carlos de Borbón.

Siendo imposible colocar á todos los amigos en los muchos y amplios salones del Círculo Tradicionalista, nos hemos reducido á la precisión de venir á este, que si por su capacidad, aunque extraordinaria, permite mucha mayor concurrencia, no reúne tampoco la amplitud necesaria para que nos honremos con la noble

y confortadora compañía de todos los carlistas que han concurrido á Tortosa para estos grandiosos actos y manifestaciones. Pero al fin nos consiente dejar algunos puestos, los más distinguidos, á la vanguardia del ejército carlista, al antemural invencible de la revolución, al lazo de amor que une las edades de nuestra historia, al ángel de la familia, al consuelo del padre, la felicidad del esposo y escudo y veneración del hijo, á la sublime mujer cristiana, á la veneranda mujer carlista.

Señoras: bien venidas seáis á este recinto, que hoy parece el templo de la lealtad y del honor, en el que brilláis como estrellas de bienandanza, como la estrella de buena nueva, que si nos anuncia el día de la redención nacional, también nos traza con sus purísimos reflejos el camino de la virtud, de la fe, del amor y del triunfo. Aquí no tenemos flores de mágicos atractivos ni de embelesadores aromas que ofreceros; aquí no hay otras flores que las rojas manchas de sangre que ostentan estos nobles pechos por defender la santa cruz que en la cuna hicisteis sobre nuestras frentes, la santa cruz que ha bendecido con el Sacramento nuestros amores, la santa cruz que ha de guardar nuestras sepulturas, la santa cruz á la que contemplamos asidas nuestras antiguas leyes y á cuyos piés se postra de rodillas la soberana y grandiosa figura de nuestro Rey.

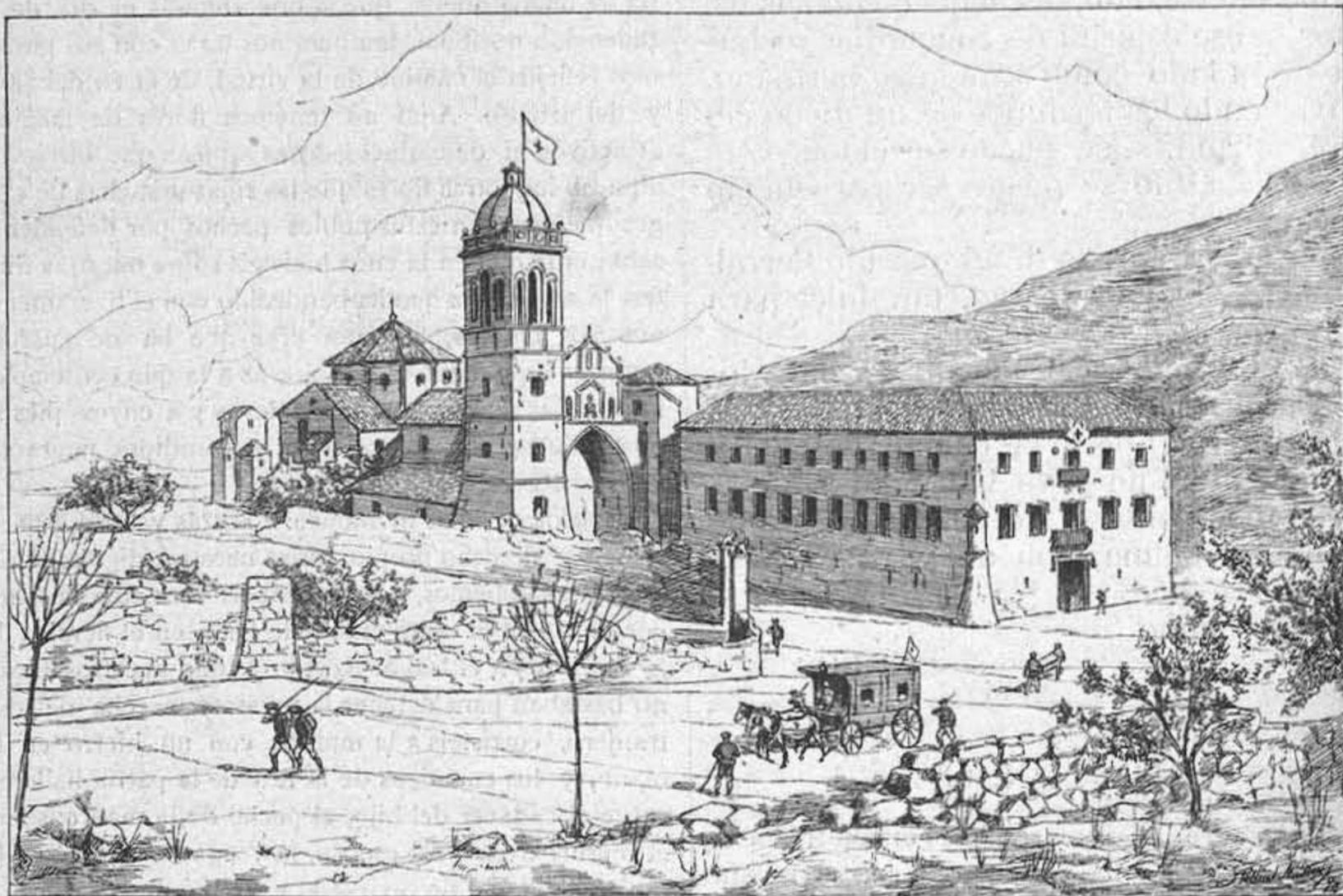
A vosotras no os invitamos: vosotras venís á este recinto por derecho propio; todas nuestras dignas acciones os las debemos, porque habéis formado nuestros corazones en el santo temor de Dios, en el heroico de la Patria y en el leal al Rey; y cuando nuestros brazos no bastaban para detener la invasora marcha del extranjero, corristeis á la muralla con un hierro en la mano, y los enemigos de la fe y de la patria hallaron sobre el cadáver del hijo, el pecho de la madre; sobre el inerme tronco del esposo, la vengadora figura de la mujer, para que no tuviese el enemigo hueco libre y sin armas que le dejasen franco el paso; y así las amazonas tortosinas enseñaron á morir y luchar á las mujeres de Gerona; y así se alzaron como genios de salvación las heroicas Marías contra los herejes de Inglaterra en la Coruña, y contra los herejes de Francia en Zaragoza.

Salud, noble, cristiana y patriótica mujer española: hasta el cielo, queriendo demostrar que toda la grandeza se os es debida, escogió el nobilísimo corazón de dos mujeres para enlazar nuestras glorias, nuestras tradiciones y nuestras tierras; y en el nobilísimo de Doña Petronila se abrazaron Aragón y Cataluña, y Aragón y Cataluña con Castilla en el sublime é incomparable de Isabel I.

Un hondo y profundo pesar tengo tan sólo: el de que mi amada esposa no se honre en este momento abrazando á las virtuosas mujeres tortosinas, estrechando la mano de los héroes de esta legendaria comarca; pero en su nombre y en el mío os saludo, orgulloso de vuestra amistad y de vuestra compañía, con la cual me honro tan sobremanera, que si excede de mucho á mis escasos merecimientos, igualmente sobrepasa

mis aspiraciones y recompensa mis trabajos. Pero aquí todos venimos impulsados por el mismo sentimiento, convencidos por la misma idea y pensando en la misma Persona; aquí no hay jefes ni subalternos; aquí todos constituimos un ejército de soldados que, levantando el alma á Dios, el deber á la patria y el corazón y la voluntad al Rey, le seguimos sin vacilar, le amamos con delirio, y sacrificándole nuestras personas y nuestros bienes, le llamamos y reconocemos como nuestro único, providencial y augusto Jefe, que al gritar ¡Viva Don Carlos VIII! nos parece que todas las angustiadas desventuras de la patria logran consuelo y

fin; todas las arteras persecuciones contra la Iglesia, se transforman en su triunfo y libertad; todas las legendarias costumbres y leyes, salen de la esclavitud de los archivos para relucir esplendentes como soles de justicia y redención; y el Monarca, con su iniciativa, su autoridad y su amor, se alza sobre un trono, que no es de oro y pedrería como el despótico de Stambul, ni de oropel y talcos como el de Italia, ni de miserable pino como el de Servia, ni de heterogéneos fundamentos como el de Alemania, ni de rudo acero como el de Rusia, ni de nombre como los constitucionales, no; que el trono de Don Carlos es y será, para gloria y



Hospital carlista de Irache (Navarra).

salvación de la patria, un trono de corazones que han de sostenerle con su sangre y le glorificarán con sus nobles y entusiastas sentimientos.

Quisiera aquí recordar una á una todas las heroicas acciones de los carlistas tortosinos, para que sus generosos y admirables hechos confirmaran mis palabras; para que se advirtiera aquí y recuerde toda la Nación que si en Tortosa hoy atruenan el espacio los clamorosos y ardientísimos vivas al Rey; si hoy se engalanan con sus mejores ropas los carlistas de la comarca; si hoy se congregan en este punto en imponente manifestación y ayer en fraternal banquete, también se honraron y supieron gritar ¡viva Don Carlos! al tronar de sus fusiles, mientras heroicamente presentaban al hierro enemigo el desnudo pecho que cruzaba y protegía el bendito escapulario de la Virgen de Montserrat; también supieron vestir el pobre, pero honrado, uniforme de los almogávares cristianos, de los cruzados de Car-

los VII, y también se reunieron sobre las nieves del áspero invierno y bajo los abrasados ardores del verano, para comer un pedazo de pan al mágico redoble del tambor y alegrando sus terribles penalidades de la campaña con el santo grito de ¡Viva la Religión y viva el Rey!

Sí, ¡viva la Religión! la Religión alumbrando las conciencias, constituyendo las familias, inspirando las leyes, esclareciendo la ciencia y sancionando la monarquía.

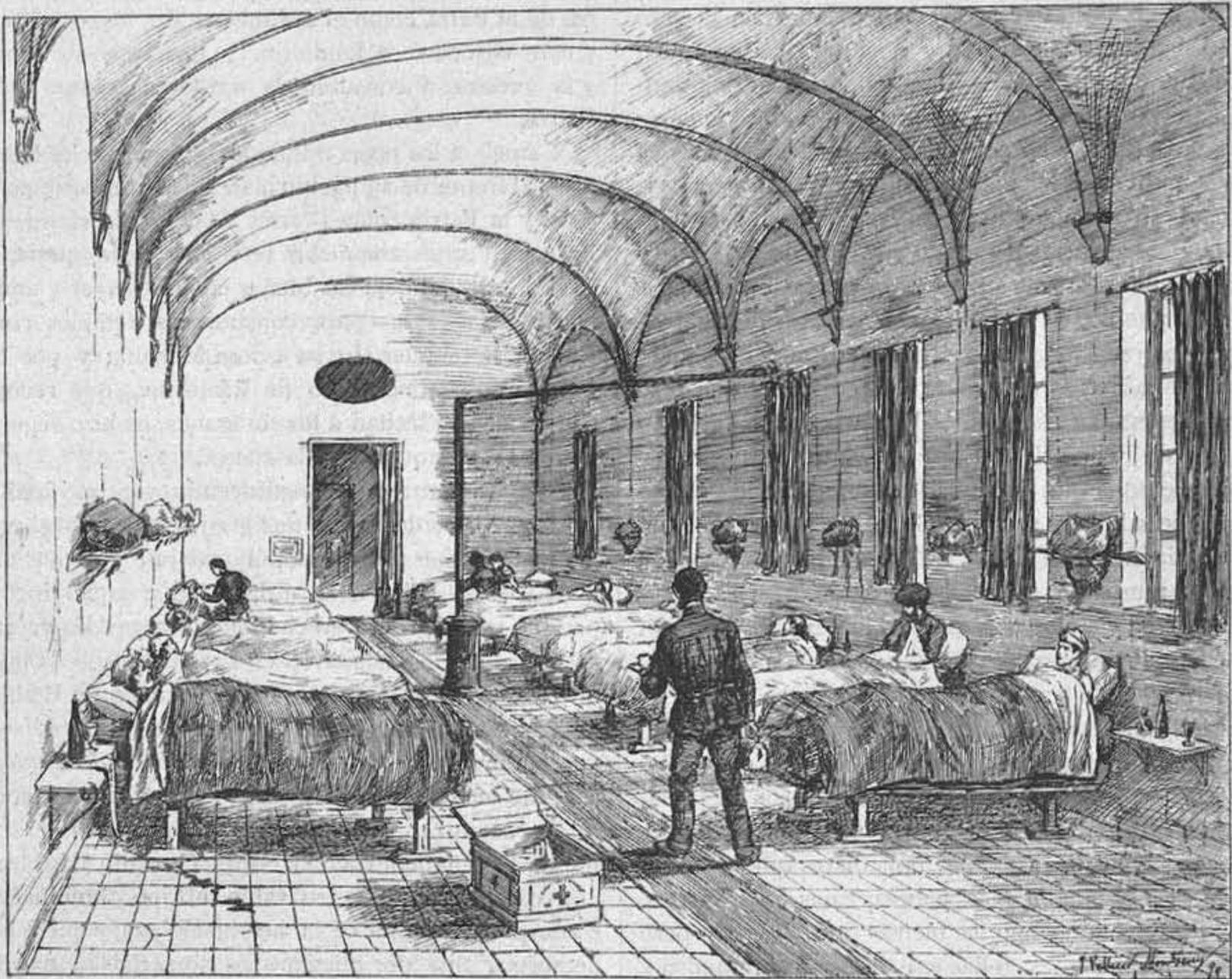
Sí, ¡viva el Rey! el Rey que reina y gobierna, que estudia, corrige y comparte las penalidades de la Patria; que sostiene y aplica las leyes fundamentales; que pide y escucha el docto y experimentado dictamen de los Concejos; que congrega á las fuerzas vivas de la Nación en consulta sobre los hechos arduos y para que los tributos, como sudor de la patria, se derramen con la aquiescencia general y sean como benéfico ro-

cío que fecundice los campos, reanime las calderas de la industria, pueble los mares, propague la cultura, arme las fronteras, castigue al malo, premie al bueno y, faro de seguro puerto y de eterna salvación, brille en las luces de los altares, en los cánticos del presbiterio y sobre los chapiteles de nuestras torres en los amantes y redentores brazos de la Cruz.

Rey que reine y gobierne, y que si goza la grandeza de su iniciativa, asuma la grandeza de su responsabilidad: de una responsabilidad que ha de comparecer

ante el tribunal de Dios, el corazón de su pueblo y el fallo de la Historia; y aun siendo este último, de los tres términos, el menos importante, es de tal garantía, que si en los antiguos tiempos hubiese alcanzado el estudio y autoridad que en los presentes, de seguro Berenguer Ramón *el Miserable* se condujera como Ramón Berenguer *el Noble*, y Jaime *el Cazador*, como el sublime Jaime I.

Nosotros somos defensores de la verdad, y abominando la mentira, no queremos vivir bajo Constitucio-



Sala de heridos en el hospital de Irache.

nes de papel y reyes de fantasía: sabemos que las leyes, aunque se escriban en nombre de la virtud, si se aplican por el vicio no sólo son una villana mentira, sino execrable infamia.

Nuestro oído es tan delicado, que no le suenan bien otras Constituciones que las Constituciones de Jaime I.

Si los monarcas han de ser el lujo de las instituciones; el maniquí en que cuelgan los Parlamentos un manto de armiño y una corona de oro, un autómatas al que pongan en movimiento leyes de ocasión y voluntades de partido, entonces se nos ocurre pensar que España es pobre para lujos de aparato; que la agricultura y la industria perecen ahogadas por la aborrecida mano del extranjero, que no pudiendo conquistarnos la tierra con los cañones, trata de extenuar los brazos por el hambre y que, desfallecidos por los tratados y las

contribuciones, suelten su invicta é independiente espada los hijos del 2 de Mayo, de Gerona y del Bruch.

Pero, afortunadamente para la patria, nosotros los carlistas, es decir, los españoles, aun persistimos y persistiremos en nuestras convicciones y en nuestros sacrificios para defenderla y salvarla; aun tenemos experto y valeroso Jefe que nos guíe, nos ordene y nos acompañe; aun tenemos Rey que no se reduzca á firmar por precepto las leyes que á las Cámaras se ocurran; ni que represente la voluntad y la escuela del partido que turna en el poder; ni que se conforme con reducirse á no oír las necesidades y angustias de su pueblo; ni que renuncie á ilustrar sus disposiciones por el Consejo docto é independiente; porque el partido que triunfa y se constituye en Estado, lo primero que hace es rodear al monarca de sus parciales; y así

como la adulación es el oficio de los miserables y el cortejo de los poderosos, así el éxito y el triunfo son la generación espontánea de los aduladores, y éstos, como espesa nube de incienso que envuelve al Gobierno y no deja que el monarca aperciba claramente el alcance y transcendencia de los actos que realiza.

Por eso nosotros queremos que el Rey viva en contacto directo con el pueblo y el pueblo con el Rey; por eso y por su amantísimo corazón español, Don Carlos acoge con tanto júbilo y tanto cariño á cuantos españoles llegan al Loredán, y por eso se publican sus nombres en las ansiadas correspondencias de nuestro amadísimo Marcos Laguna, y me extraña haya quien no comprenda la altísima transcendencia de esta noticia, como si ya fuera poco mérito el de rendir homenaje á un proscrito, y no entiendan que el Rey se goza en que se publiquen los nombres de sus leales, para que muchos se animen y le lleven con su visita y con sus frases el amantísimo recuerdo y saludo de la patria, y le detallen cuanto sepan, y le cuenten las necesidades de cada pueblo, las angustias y esperanzas de cada región y los recursos desatendidos y los medios agotados, y le hablen en el hermoso lenguaje en que rezó Santa Teresa, en que predicó Fr. Luis de Granada, en que legisló Felipe II, escribió Cervantes, cantó Zorrilla y se entonan los juegos florales de Valencia y Cataluña, se saluda al roble de Guernica y se le aclamó en las trincheras de Lácar, en los campos de Gandesa y en los muros de la Seo de Urgel.

Sí; corred cuantos más podáis á Venecia, que allí os espera ansioso su corazón tan tradicional como el de Berenguer I, tan nobilísimo como el de Berenguer IV, tan heroico como el de Jaime I, tan católico como el de Felipe II y tan español como el de los Reyes Católicos. Sí; porque el Rey es el corazón de la patria, y el corazón es grande y sano cuando vive y mueve todas las venas, unas más inmediatas que las otras, unas más ricas, otras más pobres, unas más fuertes, otras más débiles, como las fuerzas de la Nación; pero todas como sus hijos, todas agitándose á su impulso y de todas recibiendo y á todas prestando la savia, la vida y el esplendor; y en el grandioso conjunto constituyendo un cuerpo y un sér capaz de ir á Africa con Alfonso XI, á Asia con Berenguer de Entenza, á América con Hernán Cortés y por todo el mundo con Carlos V.

Esta es la nación que deseamos y este el Rey que defendemos; esta la política salvadora y este el lazo que une y sujeta nuestras voluntades, nuestras convicciones y nuestro amor; este el ideal que aquí nos congrega, el que defiende y personifica Carlos VII, y al que han dedicado y dedican su indomable arrojo, su inextinguible entusiasmo, sus generosos sacrificios y su pensamiento, su voluntad y su corazón, los leales y patrióticos carlistas tortosinos, y con ellos los carlistas de toda España.

Sí; vosotros sois indomables defensores de la verdad, porque la oísteis los primeros de labios de San Pablo; y la proclamáis y la defendéis, porque el Santo Apóstol os la predicó apoyado en el báculo de una espada,

y porque la virtud de la Iglesia dertosense la conservó tan entera y pura, que mereció aquella excepción tan singular y encomiástica de Clemente VIII, cuando en 1592 dispuso por bula plómbea que todas las casas de Agustinos de Cataluña, Rosellón y Cerdeña fueran suprimidas, y las iglesias y dignidades secularizadas, menos los virtuosísimos canónigos de Tortosa. Y vosotros sois el firme baluarte contra toda invasión extranjera de las ideas y las armas, porque en vuestro territorio tomaron pie en España nuestros más antiguos padres; los iberos aquí tanto admiraron los esplendores de la tierra como el ardimiento de los corazones, y con vosotros se fundieron y llevasteis su sangre y la vuestra á constituir la autónoma sangre de la Patria.

Y amáis á los reyes tradicionales, porque les habéis visto al frente de su pueblo marchar á la muerte por la Cruz y la Patria como Borrell y la egregia víctima de Fraga, y porque amantes y servidores de la Iglesia, les halláis entregándola sus bienes como Sunyer y empeñando sus riquezas para construir los templos como Ramón Berenguer II y su esposa Mahalta; y por eso vuestro nobilísimo título de fidelísima, que reconociendo vuestra lealtad á los soberanos, os hizo seguir á Felipe IV en aquella cruda guerra.

Y les encontrasteis constituyendo vuestra familia, vuestras libertades y vuestras grandezas en aquel monumento el más asombroso, el más justo, el más original y el más libre de la Edad Media; aquel incomparable tratado de Derecho que os concedió vuestro soberano y que recopilaron en 1279 el obispo Arnaldo de Jardín, el arcediano de Lérida Ramón de Besuldo y el maestro Domingo de Terol con el celebradísimo y venerando nombre de *Las costumbres de Tortosa*. Y como vuestro fervor cristiano era tan firme y general, en cuanto el rey Recaredo, para gloria inmarcesible de España, convocó el Santo Concilio III toledano, vosotros, por vuestro sabio obispo abominasteis con ardiente clamor de la herejía arriana, y queriendo demostrar que por cristiano os sometíais al excelso hermano de San Hermenegildo, acuñasteis una rarísima moneda que á ningún monarca habíais dedicado y le pusisteis por razón de vuestro homenaje y como su mejor título el de *Justus*.

Muchos, muchísimos nobles antecedentes y curiosos datos podría citar que explicasen la razón antigua y justa de vuestro tradicionalismo y de vuestro decidido afán por la descentralización que os hizo protestar en 1410 de que las Cortes de Cataluña se celebrasen siempre en Barcelona.

Pero no quiero molestaros por más largo tiempo, que ya es mucho para vuestra bondad y sobrado para el poco mérito de este discurso. ¿Y para qué buscar razones antiguas si las tenemos en nuestros mismos días? ¿No son bastantes los sacrificios que hicisteis? ¿No os han demostrado la tiranía de la falsa libertad los que proclamándola lanzaron al fuego en la airada fecha de 1854 vuestras sublimes y verdaderas libertades, aquel admirable *Libro de la cadena*? ¿No ha escrito en vuestro noble suelo, como un pregón de lealtad,

de fe y de esperanza, la heroica sangre de D. Jaime Ortega?

Y cuando á un rey desterrado le faltaba acción y autoridad efectiva para castigar á un traidor, vosotros disteis al rey vuestro nombre, porque el solo nombre de Tortosa fuera el mayor castigo para el rebelde que en él vería el cuadro de horror que ante los espantados ojos de un hijo figura el horrendo fusilamiento de su madre.

Pero hoy no es día de amargos recuerdos; hoy es día de dedicar una oración á nuestros mártires y nuestras fuerzas á la santa causa de Dios, de la Patria y el Rey, y libreme Dios de excitar odios ni rencores, cuando por todas partes voy extendiendo palabras de cariño y afectos de caridad, cuando nosotros deseamos que todos nos llamen hermanos y que para siempre se borre de los labios y corazones españoles la desdichada y cruel palabra de enemigos.

Y para concluir, no hallo otras expresiones más sublimes y adecuadas que recordaros y repetiros de qué viva manera os agradece el Rey estas grandiosas manifestaciones de lealtad y de cariño, con qué amorosa solicitud estará pensando en Tortosa, y lleno su noble corazón de exaltados sentimientos os saluda y aplaude desde la triste amargura del destierro.

Correspondamos nosotros jurándole sobre nuestros corazones el amor más entusiasta y la lealtad más firme y decidida, juramento y fe que hoy depositan en vosotros todos los carlistas de España, admirándoos y aplaudiándoos; y no parece sino que bajando de las montañas de Navarra, nos trae el Ebro entre sus revueltas ondas el grito clamoroso de ¡Viva el Rey! con que os contestan el Norte y el Mediodía, y no parece sino que al pasar los realistas y católicos votos bajo el bendito Pilar de Zaragoza, les impulsa la Santísima Virgen con una amorosa mirada y una santa bendición. Y sigue el Ebro cruzando villas y lugares, y recogiendo calorosas y amantísimas aclamaciones, y al llegar á Tortosa salimos á su paso para agregarlas la inmensidad de esta manifestación, y las despedimos en el mar para que, confiadas á su grandeza, las lleve en sus gigantes olas hasta el cielo como una oración y hasta el Rey como un juramento.

JUGAR CON FUEGO



nadie debe sorprender el dramático epílogo que los liberales valencianos han puesto al viaje triunfal del Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.

Lo raro fué que, atendidas las aficiones tan de antiguo manifestadas por los liberales de otras regiones, se hayan en la ocasión presente mostrado corteses los del Principado catalán, que, salvo excepciones rarísimas, han sabido respetar en nosotros el ejercicio de un derecho que la Constitución y las leyes nos otorgan.

Sea por conveniencia, sea por convic-

ción, es lo cierto que poblaciones tan liberales como Barcelona, y como Reus y Tarragona, no se han sentido contrariadas ante la propaganda, perfectamente lícita y legal, que durante dos meses se ha hecho por sus respectivas comarcas.

No respondemos de que hoy ocurriera lo mismo, si acaso al ilustre senador carlista se le antojara pasear triunfalmente por tierra catalana.

Podría ser muy bien que, aleccionados por sus amigos de allende el Ebro, llegaran á comprender los liberales del Principado que es tal la fuerza avasalladora de nuestras ideas, que no hemos menester del plomo y del acero para imponerlas, y que sólo nos basta libertad de manifestación y de propaganda para hacer comprender á la porción sana del pueblo español, que nuestra bandera simboliza la Justicia, el Derecho y el Orden.

Y no se tome á paradoja nuestra afirmación. Hecho queda el ensayo en Cataluña.

Poblaciones numerosas, indiferentes ayer, y algunas tal vez hostiles, á nuestra Causa, hanse asociado hoy al regocijo de las masas carlistas, al festejar éstas en el Representante de nuestro Jefe, al heraldo que iba pregonando de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad las ideas y principios que personifica un Príncipe proscrito, «á quien distinguen y honran con la saña de sus odios la Masonería y demás sectas afines».

Que la campaña actual ha sido de paz y de persuasión; que con ella no se ha tratado de excitar pasiones ni de remover odios, demuéstranlo cumplidamente regias frases, recientemente escritas, y el temperamento dominante en los discursos que se han pronunciado por el personaje carlista que merece la confianza y el cariño del Rey y de sus vasallos, pues con gráfica expresión ha afirmado que no se trata de levantar un trono sobre lagos de sangre y sobre ruinas, sino sobre los corazones.

En la conciencia está, aun de aquellos que aparentan creer lo contrario, que nuestra propaganda es pacífica, en el sentido absoluto de la palabra, y que sólo ansiamos que se deje llegar la voz del Rey al corazón de ese pueblo al cual se ha fascinado con mentidas promesas que no han de verse jamás realizadas, mientras se le dice por nuestros contrarios que la bandera tradicionalista es de guerra, de desolación y de venganza.

No cabe negar, pues, que las turbas de liberales que recientemente han impedido en Valencia una manifestación grandiosa

é imponente en favor de Don Carlos, han procedido con lógica, defendiendo la presa que se les escapaba de las manos.

Veían ellas, ó los que las impulsaron, que el viaje del Marqués de Cerralbo á través de la España, iba siendo una serie no interrumpida de ovaciones sin precedente y de triunfos ruidosos.

Comprendieron, aunque tarde, que los sentimientos nobles no estaban muertos aún en el corazón del pueblo, y por esto opusieron á nuestra propaganda un feroz

grito de protesta, que ha logrado conmover á los menos apasionados y aun á aquellos que no se preocupan así se hunda el firmamento, con sólo quede en pie su morada.

¡Que provocamos una cuarta guerra civil!

¡Que con nuestros alardes de fuerza so-
liviantamos las pasiones y pretendemos
renovar escenas de duelo y de sangre!

¿Por qué y para qué?

Déjesenos el libre ejercicio de nuestros



Ataque de los carlistas al fuerte de Ibero (Navarra).

derechos; que se nos consienta lo que á todos los partidos, aun á los más avanzados se les tolera y tal vez aplaude, y la fuerza indestructible de los hechos ha de venir á demostrar que con nosotros está la parte más numerosa y más sensata del pueblo español.

Aceptamos la lucha en el terreno en que se nos brinda; pedimos plaza en el palenque abierto á los partidos todos y á todas las ideas, seguros del triunfo en plazo no remoto; ¿á qué, pues, cohibirnos en nuestros derechos, detener nuestro paso y atropellarnos por el mero hecho de ser partidarios de un regimen que sin alardear libertad la promete amplia y cumplida para todas las manifestaciones lícitas del saber humano, de la controversia y del progreso

en consonancia con las doctrinas de la Iglesia?

¿No blasona, acaso, de católico el Gobierno actual? Pues católicos somos nosotros.

¿No nos rigen, por ventura, hoy instituciones monárquicas? Pues monárquicos somos nosotros.

Tan monárquicos somos y tan católicos, que indignados hemos visto á gobernantes ineptos dejarse aclamar por las turbas al grito de ¡Viva la República! y ¡Viva la Anarquía!, y á esas mismas turbas profanar impunemente la Casa del Señor, saquearla é incendiarla.

A nosotros, por carlistas, parecía dirigida la protesta; pero la Revolución no se contenta con menos que con destruir por

su base los fundamentos del orden social, y por esto es que toda manifestación contra nosotros amparada ó consentida, ha de herir por necesidad de rechazo á los que la amparen y consientan, que no impunemente se invita al pueblo á atropellar los fueros del ciudadano pacífico y honrado, pues al fin y á la postre ha de volver las armas que en su mano se pusieron, contra el que le impulsó al crimen.

Cúmpleles, por tanto, á nuestros gober-

nantes ser en lo sucesivo más cautos, ya que de otra suerte corren el riesgo de ser las víctimas primeras del incendio que no quisieron ó no supieron sofocar.

Y el pueblo no debe olvidar que no con propagandas pacíficas se provocan las guerras civiles, y sí con coacciones como las que en 1872 llevaron á la montaña á los que, no pudiendo ejercer en poblado los fueros de ciudadanía que se les habían brindado por sus contrarios, vieron-



Terrible defensa de los carlistas en Montseny (Cataluña).

se obligados á abandonar las ciudades, dispuestos á hacer valer los derechos que entonces, hoy y siempre asisten al que vive al amparo de las leyes.

F. DE P. O.

LAS ACCIONES DE URNIETA

(GUIPÚZCOA)

DÍAS 7 Y 8 DE DICIEMBRE DE 1874

II Y ÚLTIMO

Risueño y espléndido apareció el día 8, bañando el sol con sus alegres resplando-

res aquellos campos que la tarde anterior fueron testigos de las sangrientas escenas referidas en el artículo precedente.

Las fuerzas del 4.º batallón (excepto las ocupadas en servicios forzosos) oyeron misa de campaña, al aire libre, en el caserío de Azconobieta.

Presumiase, no sin motivo, que el General Loma reiteraría el ataque, y esta vez con más seriedad, para desquitarse del fracaso de la vispera y aminorar el mal efecto que en los liberales debió producir su noticia.

No en vano había venido con doce mil hombres desde San Sebastián, solamente

para dar un paseo militar y volverse á sus cuarteles ante las primeras balas disparadas por los carlistas desde sus avanzadas.

Efectivamente, á las once de la mañana salió de Hernani la vanguardia de la columna liberal. Esta se dividió en tres masas, que simultáneamente se dirigieron hacia la línea carlista, una de ellas por la parte de Pagollaga, para posesionarse de las alturas de Gorburu y apoyar en ellas su ala izquierda; la segunda, formando el ala derecha, por las alturas de Elorriaga, como la vispera, y la tercera (centro), hacia el pueblo de Urnieta. La línea carlista se hallaba algo más reforzada que la vispera, con fuerzas guipuzcoanas, y especialmente las del 3.º y 7.º batallón, que juntamente con las del 4.º rompieron el fuego desde que tuvieron al enemigo á tiro de fusil. La desproporción numérica era, como se ve, grandísima: tres batallones escasos contra doce mil hombres apoyados en una plaza fortificada y en el castillo de Santa Bárbara. El fuego se generalizó bien pronto; las descargas cerradas se multiplicaban; el humo de la pólvora envolvía á los combatientes, y las balas causaban numerosas víctimas por ambas partes. Los flancos se batían con denuedo, sin avanzar los liberales más que la vispera, á pesar de las baterías de montaña que, convenientemente emplazadas en las alturas, los protegían con sus fuegos, y los proyectiles gruesos que el fuerte de Santa Bárbara dirigía sobre las posiciones defendidas por los carlistas. Estos se batían al descubierto, lo mismo que la vispera. La masa liberal que atacaba por el centro, penetró en Urnieta, ocupó las casas mejor situadas para hacer fuego á la línea carlista y siguió el movimiento de avance por la carretera. Entonces empezó una serie de cargas á la bayoneta: cada vez que los liberales intentaban salir de Urnieta para ganar la pequeña cuesta que tiene la carretera de Andoain, las compañías carlistas que la defendían rompían el fuego sobre ellos y, atacando luego al arma blanca, les obligaban á retroceder hasta las casas mismas del pueblo; así, ganando y perdiendo el terreno que media entre Urnieta y la cúspide de la cuesta mencionada, que los guipuzcoanos defendían palmo á palmo, continuaba el combate.

El Comandante general de Guipúzcoa, D. Domingo de Egaña, y el Brigadier don Juan José de Aupurúa, animan al soldado con la palabra, el ejemplo y sus acertadas disposiciones. También acudió el general D. Antonio Díaz de Mogrovejo desde Tolo-

sa. El batallón de Guías del Rey, acantonado en Villabona, á legua y media de Urnieta, recibe orden de venir presurosamente á la línea de avanzada (ya dije en el artículo precedente que nuestra línea de defensa estaba en Andoain) y reforzarla.

Horas llevaba ya el combate, permaneciendo indeciso el resultado. Multitud de cadáveres yacían tendidos en las heredades y calles de Urnieta. El ardor de los combatientes no disminuía. Loma ordenó un nuevo y vigoroso ataque por el centro (algo más adelantado que sus alas), por Urnieta; adelantándose hacia las primeras filas de sus tropas, las arengó, animándolas con su ejemplo á seguir adelante sin vacilar. Los carlistas, viendo estos movimientos, observaron á un jefe á caballo hablando y excitando á los soldados.—*Zaidiskoari, zaldiskoari*, se dijeron mutuamente (1), y redoblaron sus disparos, dirigiéndolos con preferencia hacia el del caballo, hasta que á poco rato le vieron caer. Loma, en efecto, fué herido por una bala carlista y retirado á Hernani. El Brigadier Blanco se hizo cargo de la fuerza, procurando restablecer el desorden causado por la herida de Loma y muerte de su ayudante, con varios oficiales y soldados. Dos batallones (Murcia y Puerto Rico) se lanzaron nuevamente hacia los guipuzcoanos, para disputarles el alto de la carretera; pero éstos, saliendo á su encuentro, dan nuevas cargas á la bayoneta. En este tiempo llegaba de Villabona el batallón de Guías; el general Mogrovejo cae herido en la carretera, pero los liberales decláranse nuevamente en retirada; ellos y los carlistas se mezclan en las calles de Urnieta, y al arma blanca luchan fieramente; desde las casas hacen mortíferos disparos contra los carlistas, y á ellos acometen éstos en grupos divididos; puertas y ventanas son hechas pedazos, unas por los carlistas que asaltan, otras por los liberales que huyen después de una resistencia inútil. En algunas casas todos los soldados que estaban dentro son pasados á cuchillo. Pocos heridos y prisioneros resultaron en esta refriega encarnizada y decisiva; los golpes son mortales. Las fuerzas del Brigadier Blanco evacuan completamente el pueblo de Ur-

(1) ¡Al del caballo! ¡Al del caballo!—No sabían por entonces los carlistas quién fuese el que venía á caballo; mas tarde supieron por la relación de los prisioneros que había sido Loma, y que en la arenga había dicho estas ó parecidas palabras: «Soldados: todos los carlistas que ahí están no llegan á tres mil hombres; lo sé muy bien. Es una vergüenza que con 12.000 hombres no podamos contra ellos.» Loma tenía razón; sumados los batallones guipuzcoanos que allí se batieron y el de Guías, apenas pasarían de 3.000 hombres.

nieta, y cambiada la escena, toca á los liberales recibir mortíferas descargas que desde el mismo pueblo les enviaban los carlistas, introduciendo el desorden y pánico en sus filas al retirarse hacia Hernani. Mientras tanto, las alas, que observan el movimiento del centro, van replegándose en la misma dirección, reduciéndose con esto la línea de fuego; pero aumentando su intensidad, como último esfuerzo de la jornada. La proximidad de Hernani libró á la columna liberal de quedar completamente en cuadro; refugióse en la villa, que abrió sus puertas para recibir al anochecer como fugitivos á los que cerca de medio día vió salir con esperanza de ser vencedores.

Los carlistas llevaron á cabo estas últimas operaciones bajo el fuego de los cañones de Santa Bárbara.

Los actos de valor en esta jornada memorable fueron indescriptibles: los voluntarios demostraron aquí como en otras partes que eran soldados bien aguerridos y perfectamente disciplinados, que se batían con entusiasmo y sabiendo por qué se batían contra los liberales.—¡Viva la Religión! ¡Viva el Rey! era ordinariamente el grito que lanzaban al cargar sobre el enemigo.

Durante el combate, un soldado del 4.º batallón (cazadores de Doña Blanca), anciano de más de sesenta años, situóse en mitad de la carretera, y extendiendo delante su manta de abrigo, sobre ella colocó su porción de cartuchos, é impávido disparaba sobre el enemigo que venía en avance.

—Retírese V. de ahí, le decían algunos, á lugar más cubierto.

—No, contestaba él; yo soy viejo y no puedo correr hacia atrás ni hacia delante; aquí les aguardaré quemando mis cartuchos y matando á cuantos pueda.

Otro soldado, que herido en una pierna se retiraba cojeando, al sentir que nuevamente se recrudecía el ataque, dió doble derecha, exclamando:

—Voy á ver si me pegan en la otra pierna.

Fué preciso que un oficial que estaba cerca le obligase á retroceder para que le hicieran la primera cura.

Un corneta de los guipuzcoanos, herido gravemente, murmuraba en la camilla en que le conducían, casi moribundo, hacia Andoain:

—¡Viva Carlos VII! ¡Viva Carlos VII!....

La noche proporcionó á las fuerzas carlistas el descanso, que bien lo necesitaban después de tantas fatigas.

En la mañana siguiente, con tiempo llu-

vioso y frío, las tropas liberales se volvieron de Hernani á San Sebastián, siendo en el trayecto molestadas por las partidas volantes de los carlistas.

La posesión de Tolosa quedó para éstos por largo tiempo asegurada; el asedio de Hernani y San Sebastián se estrechó nuevamente, y estas jornadas de Urnieta, que tales ventajas produjeron á la causa carlista en Guipúzcoa, reanimaron grandemente el entusiasmo de la Provincia y el ardor de los jefes y soldados de aquella heroica división.

EL MARQUÉS DE VALDE-ESPINA.

RESOLUCIÓN DE UN PADRE

EPISODIO DE LA PASADA GUERRA CIVIL,

POR JOAQUÍN LLORENS Y FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA



El levantamiento carlista tuvo lugar en el antiguo reino valenciano, de un modo tan rápido, que en pocos días las partidas contaron con un contingente de muchos miles de hombres. La entrada de las bisoñas fuerzas en los pueblos era un gran acontecimiento:

las campanas daban al viento sus alegres voces; los hombres, las mujeres y chiquillos acudían á las afueras á disputarse el gusto de llevar á sus casas á algunos voluntarios; el vecindario, en fin, se vestía de gala, y á la mañana siguiente acompañaba un buen trecho de camino á los muchos mozos del pueblo que se unían voluntariamente á las filas. No son pocos los casos en que el alcalde de la localidad, puesto al frente de toda la gente útil para el servicio de guerra, se incorporaba á un batallón, cambiando, muy gozosamente, el distintivo de su autoridad por el fusil del soldado.

Pero no siempre la ida de algún entusiasta joven á las partidas era recibida en el hogar paterno con muestras de regocijo; antes por el contrario, el duelo era grande cuando el nuevo voluntario pertenecía á alguna familia que se distinguía por sus exaltadas ideas liberales.

Un hecho del género últimamente citado tuvo lugar en la importante población de Alcira. Algunos días después de iniciado el movimiento, uníase al



grueso de las fuerzas carlistas un joven, cuyo padre profesaba las ideas contrarias más avanzadas. Empezó entonces la peregrinación de éste, empeñado en rescatar á su hijo, y su alegría fué grande cuando supo que los carlistas descansaban, por cierto demasiado descuidadamente, en la ciudad de Játiva. Apresuró su marcha, y ya veía la esbelta y blanca torre de su no acabada iglesia, distinguía perfectamente las angulosas murallas del hoy desmoronado castillo, que, cual vigilante centinela, corona las alturas cercanas y domina todo el delicioso valle, muestra magnífica de la exuberante vegetación que se despliega en aquella riquísima región, cuando detonaciones repetidas le hicieron comprender que en las calles se había trabado algún sangriento combate entre las fuerzas carlistas y las liberales. El miedo de que en aquella lucha pereciera su hijo cortó sus pasos; el amor de padre pudo más que el que tenía á su ideal político, y pidió á Dios, de todo



corazón, que por aquella vez tan sólo rechazaran las avanzadas carlistas á la división liberal que las había sorprendido cuando más descuidadas estaban.

Pero sus deseos no habían de cumplirse sino más tarde; en aquellos momentos la victoria se inclinaba del lado liberal, y así lo comprendió al ver á los noveles y mal

organizados batallones desfilar, y no en muy buen orden, hacia la muralla antigua y ermita que al pie del castillo se eleva, para á los pocos momentos encerrarse, como en una ratonera, en el vetusto castillo.

El deseo de ver si aun podía evitar que su hijo subiera al fuerte, en donde era seguro que más tarde ó temprano caería prisionero, dióle nuevas fuerzas, y rodeando la ciudad, aun pudo alcanzar las últimas compañías que abandonaban la población, haciendo un

nutrido fuego y volviendo á cada paso la cara al enemigo.

Entre los valientes que componían aquella fuerza estaba su hijo; pero en vez de correr á abrazarlo y á arrancarlo del sitio del peligro, quedóse atónito al advertir en su rostro, no solamente la serenidad del soldado valiente que está dispuesto á morir matando, sino la tranquilidad de espíritu del que tiene la convicción de encontrar en el cielo la recompensa de su heroico sacrificio en la tierra.



No es fácil, mejor dicho, no creemos posible que se puedan explicar las ideas que pasaron por la imaginación de aquel hombre, que se creía casi deshonrado porque la cabeza de su hijo fuese cubierta con la tradicional boina; lo cierto es que corrió hacia él y púsose á su lado, animándolo con las siguientes palabras:

—«Venía á llevarte conmigo á toda costa; pero la serenidad que estás demostrando al batirte por primera vez contra un enemigo más numeroso y mejor armado que tú lo estás, me dice bien claro que la causa que defiendes es muy justa, muy santa, y yo te dejo con mucho gusto al abrigo de la bandera que obra el milagro de convertir á un pobre muchacho en un heroico soldado.»



Poco tiempo después vió aquel hombre que algunos labradores que algún tiempo antes habían cambiado

la azada por un mal fusil, subían con empuje irresistible las empinadas cuestas del Calvario, arrojaban á bayonetazos á las fuerzas liberales que las ocupaban, copaban á los defensores de la ermita, salvaban á los encerrados en el castillo y desbandaban por el valle á los batallones enemigos, y volvióse á su hogar, después de haber podido admirar á su hijo siendo el último en la retirada y el primero en el avance.



SOBRE LA BATALLA DE LÁCAR

Gustosos insertamos el trabajo que sobre el gran triunfo conseguido por las armas carlistas en los campos de Villatuerta, Lácar y Lorca, nos remite nuestro distinguido colaborador el Excelentísimo señor Marqués de Tamarit.

La historia del ejército carlista se enriqueció en aquella jornada con una nueva página de gloria.

Frente á frente se vieron en 3 de febrero de 1875 Don Carlos y Don Alfonso.

Cada uno acaudillaba un ejército; pobre el primero en número, pero rico en fe, en valor y en esperanzas, todo lo esperaba de estas virtudes.

El segundo, el ejército alfonsino, fiaba el triunfo á su superioridad numérica, y anunciaba al mundo como cosa segura, después de contar sus batallones, que el ejército carlista podía considerarse aniquilado.

A continuación del artículo del señor Marqués de Tamarit, verán nuestros lectores el parte oficial de D. Torcuato Mendiry, sobre dicha batalla, documento que reprodujo en sus columnas *La Correspondencia de España*, precediéndolo de algunas líneas, en las que afirmaba que no se podía formar idea exacta de lo que pasó sin leer el parte en cuestión.

LÁCAR

Don Carlos desde el monte Garinoain, y Don Alfonso desde el monte Esquinza, contemplaban sus respectivos ejércitos, correctamente formados en línea de batalla el uno frente al otro.

Desde por la mañana Don Carlos, contra la opinión de la mayoría de sus Generales, asumiendo como General en Jefe toda la responsabilidad que pudiera re-

sultar, dió la orden de que á las cuatro en punto de la tarde nuestro ejército atacara las formidables posiciones que ocupaba el ejército liberal.

Entre el tiempo que medió desde que se dió la orden de ataque hasta el momento de principiar el combate, no cesaban de llegar al Cuartel Real confidencias que presentaban poco menos que imposible la victoria. Ante tales noticias, llega el oficial de órdenes Marqués de Vallecerrato, que de orden del Rey habla recorrido toda la línea, y confirma los mismos temores; cuando de repente se oye la voz de nuestro Rey que dice: «Un Oficial de órdenes.....» El que estas líneas escribe recibe la siguiente orden: «Monta inmediatamente á caballo; incorpórate á la columna de ataque de la derecha, que manda el General Mendiry, y dile en mi nombre que esta noche, cueste lo que cueste, las tropas carlistas han de dormir en Lácar.....»

Gracias á la inspiración y energía del Rey, se ganó aquella célebre batalla, llenándose de gloria el ejército carlista.

El heroico Marqués de Valde-Espina tuvo por misión, en aquella acción, el hacer recibir el bautismo de fuego á S. A. R. el Sr. Conde de Bardi, hermano de nuestra augusta Reina, no encontrando otro medio de desempeñar su comisión que hacer ganar la Cruz laureada de San Fernando á S. A. R.

El Batallón de Guías Reales, al mando de su Jefe el bizarro General Calderón, atacó brillantemente las fuerzas que defendían la persona de Don Alfonso.

El Escuadrón de Guardias á caballo retó á la carga á un escuadrón de Húsares de Pavía, que se retiró á su vista.

El Brigadier liberal Barges dejó su espada en nuestro poder, la cual figura hoy en el Museo Loredán, y el resultado de la decisión del Rey fué el haber salvado á Estella de la invasión enemiga, haciendo el ejército carlista gran número de prisioneros, apoderándose de cuatro piezas de artillería.

EL MARQUÉS DE TAMARIT.

EJÉRCITO REAL DEL NORTE.—ESTADO MAYOR GENERAL.

Parte detallado de la acción de Lácar.

Excmo. Sr.: Después de las gloriosas batallas de Biurrún y Barajoain, ocurridas en los días 21 y 23 de Septiembre último, fué de absoluta necesidad el establecimiento de una línea atrincherada que, partiendo de la villa de Puente la Reina, terminara en el Carrascal, ya para estrechar en cuanto fuera posible el bloqueo de la plaza de Pamplona, ya también para librar á este hermoso y heroico país de la rapacidad y devastación del ejército contrario. Bien sabía que con su instalación no evitaría el socorro de Pamplona; pero tenía la seguridad de que para conseguirlo necesitaría el enemigo reunir un ejército considerable, y mientras tanto podría tener en jaque á los dos cuerpos de ejército de Moriones y Pieltain, compuestos de veinticinco batallones cada uno, que operaban en este antiguo Reino. Así ha sucedido: el ejército, antes republicano

furibundo, ayer de la dictadura de un gobierno despótico y hoy de don Alfonso, ha reunido próximamente 60.000 hombres, de los cuales treinta batallones, al mando de Moriones, rebasaron la línea por Cáseda y San Martín, treinta kilómetros más á la izquierda de su prolongación, sin que me fuese posible oponerle una seria resistencia.

Mi primer pensamiento fué abandonar la línea atrincherada y caer sobre esta columna; pero las malas condiciones en que tenía que dar la batalla, y la consideración de que dejaba casi abandonada y á gran distancia esta ciudad de Estella, en cuya conservación está interesado el honor de nuestras armas, me hizo desistir de esta idea. El enemigo penetró en Pamplona en la tarde del día 2, situándose Moriones, con la mayoría de sus tropas, en la posición estratégica de Tibas. Este caso, que empeoraba mi situación, pero que no la hacía desesperada, lo tenía previsto, y me obligó á operar un cambio de frente oblicuo, apoyado en la posición del pueblo de Añorbe, y de establecer una segunda línea en la sierra del Perdón, distante dos leguas de la primera, quedando las fuerzas enemigas en esta forma: el cuerpo de Moriones, donde dejó hecha mención; otro cuerpo, fuerte de 20.000 hombres, en Tafalla, con una brigada en la posición del Pueyo, y el tercero en Artajona, de quince batallones, formando los tres cuerpos un triángulo equilátero; pero el cuerpo situado en Tafalla vino á acampar, en la tarde del día 1.º, una legua al sur de Artajona, cuyo movimiento no me llamó la atención, suponiendo lo hacía con el objeto de apoyar el de dicha villa, pues que habiéndose adelantado á efectuar un reconocimiento sobre Añorbe, fué tan rudamente atacado por el Brigadier Pérula, que le obligó á retroceder al punto de partida en completo desorden y con pérdidas de alguna consideración; pero no era aquella la causa, pues por un movimiento rápido, ejecutado durante la noche, vino á situarse en los pueblos de Oteiza, Lorca y Lácar. Desde este momento la situación del ejército Real en Puente la Reina y valle de Ilzarbe se hizo insostenible, y determiné levantar la línea, enviando al comandante general de Navarra con diez batallones á ocupar las posiciones de Estella, para poner á cubierto esta plaza, y yo, con el resto del ejército, marché á situarme en Cirauqui y Mañeru. Nos hallábamos en esta situación en la mañana de ayer, cuando S... el R... nuestro Señor (Q. D. G.) llegó al primero de dichos pueblos y me ordenó que diese un rudo ataque al pueblo de Lácar, ocupado por el regimiento de Asturias, fuerte de 1.600 hombres, y el de Valencia, con igual fuerza.

A las once de la mañana emprendí la marcha con doce batallones, por un camino poco menos que intransitable, dejando en Cirauqui, al frente del enemigo, situado en el monte de San Cristóbal, al Brigadier Zaldueño, con tres batallones, y al Coronel Echevarría, con el de su mando, en el fuerte de Santa Lucía, á fin de observar y hacer frente á la columna de Moriones.

A las tres y media de la tarde me hallaba oculto, á

unos 1.600 metros de Lácar, en donde, conforme iban llegando los batallones, organicé las cuatro columnas, de á tres cada una, mandadas por los Brigadieres Pérula, Vallmeroa, Cavero y Coronel D. Celedonio Iturralde, que debían verificar el ataque. Con la necesaria anticipación había dado orden al General Argonz para que reconcentrara los diez batallones puestos á sus órdenes en el pueblo de Murillo, á fin de secundar el ataque por la parte sur de la población, y á los Regimientos de Caballería del R..., Cruzados de Castilla y Escuadrón de Guardias de S... que se situaran en la carretera de Alloz, también ocultos y lo más próximos al pueblo que se iba á atacar, cuya operación debía tener lugar á las cuatro de la tarde, señalando al Comandante de la primera batería de montaña el punto para el emplazamiento de las ocho piezas de que se compone. Como las operaciones del general Argonz fueron independientes, él dará cuenta de ellas.

A la hora señalada salieron las cuatro columnas paralelamente, y en marcha de hileras de á cuatro, por no permitir la salida de la garganta que ocupábamos otra formación, y conforme iban llegando y entrando en terreno más abierto, fueron organizándose en columna por compañías.

Apercibido el enemigo, se aprestó inmediatamente al combate, instalándose en las casas y en algunas obras de defensa que había construído en la entrada del pueblo; mas todo fué en vano, porque los batallones que formaban la cabeza de las columnas se precipitaron á la carrera sobre el pueblo, apoyados por los que ocupaban el segundo lugar en la marcha, y quedando los terceros de reserva, según lo había prevenido.

Una media hora duró el combate, quedando completamente arrollado el enemigo, que al apoyo de las fuerzas que salieron del pueblo de Lorca debió en parte su salvación; habiendo caído en nuestro poder tres piezas de artillería, sistema Plasencia, de á ocho centímetros, con el material completo perteneciente á cuatro; más de 2.000 fusiles, las cajas de los regimientos, municiones, bagajes y víveres, y sobre 300 prisioneros, entre ellos 45 heridos, quedando en el campo de 800 á 900 cadáveres, y llevándose el enemigo un número considerable de heridos; consistiendo nuestras pérdidas en 30 muertos y 200 heridos.

Como el pueblo de Lorca dista de Lácar 1.800 metros, y en él había situados cuatro batallones enemigos, y en las alturas inmediatas, derivaciones del monte de San Cristóbal, hubiese también otra brigada, se generalizó la acción, á que concurrió también el resto del ejército que se encontraba en Oteiza, consiguiendo quitarles cuantas posiciones habían ocupado hasta muy entrada la noche, en que mandé retirar las tropas.

He concurrido á más de ciento veinte hechos de armas en mi larga carrera, y nunca he visto tanta heroicidad como en la batalla de ayer. Es imposible describir los hechos de bravura que tuvieron lugar; porque los Regimientos de Asturias y Valencia, que ocupaban el pueblo, eran de los distinguidos del ejército contrario, lleno de valor y abnegación. ¡Llor á los bravos que

de uno y otro campo han sucumbido! No es posible que los héroes de la antigüedad pudieran elevar á tan alto grado el mérito de sus acciones guerreras que nos dejaron consignadas en la Historia.

Imposible me sería citar á los que más se distinguieron, pues todos se excedieron en el cumplimiento de su deber, como de cerca lo vió S...; solamente me permitiré indicar á S. A. R. el señor Conde de Bardí, que, á caballo, fué uno de los primeros que entraron en el pueblo de Lácar.

Nuestras pérdidas, ya fijadas anteriormente, son bien cortas, al pensar en el vivo ataque de nuestros adversarios y horroroso fuego de los enemigos.

Al dar cuenta á S... de tan glorioso hecho de armas, invito á V. E. incline su Real ánimo á recompensar, con su ordinaria generosidad, el comportamiento de este ejército.

Dios guarde á V. E. muchos años. Estella 4 de Febrero de 1875.—EXCMO. SR.—TORCUATO MEMDIRY.—EXCMO. SR. Capitán general, Ministro de la Guerra.

FLORES Y ESPINAS

AL EXCMO. SR. MARQUÉS DE CERRALBO.

En el pueblo que cantan los trovadores....
En el vergel ameno que el Turia baña....
En la rica Valencia.... que con sus flores
Embalsama el ambiente de nuestra España;

Allí donde la Virgen, blanca paloma,
Cobija con su manto las almas buenas;
Allí por donde el alba trémula asoma
Entre lirios y nardos, y entre azucenas....

La chusma se desborda, sus iras lanza,
Y profana los templos en su camino:
¡Que si la fe es el alma de la esperanza,
La impiedad es el arma del asesino!

No es la noble Valencia quien te ha ultrajado:
Es el odio villano, que ciego estalla....
¡Son las hordas salvajes que te han honrado,
Porque honran los silbidos de la canalla!

Ni por eso Valencia llora sus males,
Porque tampoco ignora, como adivinas,
Que son bellas las rosas de sus rosales,
Pero que todos ellos tienen espinas.

La espina de esas flores su faz asoma,
Cuanto ellas más hermosas, más acerada;
Tú.... aspira de esas flores el dulce aroma,
Y.... ¡que se queden ellos con la punzada!

B. MUÑOZ SERRANO.

Calatayud 17 de abril de 1890.

NUESTROS GRABADOS

Visita de Don Carlos al hospital de Irache.

(Gran lámina suelta.)

En muchas ocasiones visitó Don Carlos dicho establecimiento, y en todas ellas fué recibido con extraordinario júbilo. Cada vez acaecían escenas conmovedoras, y los mismos heridos liberales exhalaban frases de ardiente gratitud por las palabras de consuelo que les prodigaba Don Carlos.

Un bravo oficial carlista, del quinto de Guipúzcoa, que se hallaba con un brazo partido, al ver á Don Carlos que se acercaba á su cama para enterarse de su estado, contestó sonriéndose y saludando con el brazo sano con la misma marcial desenvoltura que si estuviera en formación:

—Señor, esto no es nada; pronto iré á buscar otra.

Don Alvaro de Sodupe.

(Pág. 193.)

Nació el 19 de febrero de 1843 en la magnífica casa solariega de los Sodupe, que se halla en la villa de Navaridas (Rioja Alavesa).

El apellido Sodupe tiene su origen en la frase de «se pudo ó no se pudo», dado por uno de la casa en la conquista de Granada á los moros, y en la de «Sódupe» (debajo del pie) dado por otro de la misma casa en una refriega con los franceses.

Sus armas consisten en un escudo con campo azul, y en él una torre de plata con ventanas coloradas, y dos leones de oro y muchas flores de lis.

Don Alvaro mostró desde su niñez una gran simpatía por el arte de la guerra. En diciembre de 1868 toma parte activa en el campo carlista, y por orden del Comandante general de la provincia de Alava, D. Francisco Saenz Ugarte, empieza los trabajos de conspiración en el distrito de la Rioja Alavesa y Puerto Alto.

Verificó el alzamiento sacando á campaña de 1.400 á 2.000 voluntarios, entre los que se encontraban nueve guardias civiles que él había comprometido.

Agregado por el Sr. Larramendi á la primera Compañía del tercer Batallón de la División alavesa, tomó parte en las acciones y sitio de Tolosa los días 15, 16, 17, 18 y 19 de septiembre del 73, y el 22 del mismo fué destinado de capitán efectivo á la tercera Compañía del cuarto Batallón de Alava. Distinguióse en la acción de Ontón; en las batallas libradas en los campos de Somorrostro, en una de las cuales fué sepultado en un parapeto por una de las innumerables granadas que reventaban á sus espaldas, causándole una especie de asfixia por espacio de dos horas y muchas contusiones. Sin orden superior alguna, dió en la batalla del 27 de marzo, al frente de 150 plazas, una terrible carga á la bayoneta contra un regimiento de Marina, destrozándole por completo, pues le dejó solamente con 140 plazas de más de 1.200 que tenía.

Toda la historia militar del Sr. Sodupe está llena de parecidos rasgos de valor.

Careciendo de espacio en estas columnas para reseñarlos, nos contentaremos con hacer constar que por su heroico comportamiento en innumerables acciones le fué conferido el empleo de Teniente coronel, además de estar condecorado con la Cruz de primera clase del Mérito militar y la Medalla de Somorrostro.

Desde la conclusión de la guerra hasta su muerte, en 11 de enero de 1889, el Sr. Sodupe consagró su inteligencia á difundir los ideales carlistas.

Fué fundador de *El Alavés*, y dirigió este periódico hasta ocho días antes de su muerte.

Hospital de Irache.

(Pág. 196.)

Sobre este histórico edificio, cuyas paredes irradian todavía la inagotable caridad de Doña Margarita, dice lo siguiente un renombrado escritor:

«En la parte meridional de Estella, á media legua de esta ciudad y á la falda del sombrío Montejurra, famoso por su elevación y más famoso todavía por las belicosas escenas de que ha sido teatro, está situado el monasterio de Irache.

»Principió convento; llegó á ser Universidad, y se halla hoy convertido en hospital, modelo de hospitales.

»Ocupa el monasterio el centro de una pintoresca llanura festonada de viñas y olivares y frondosos bosquecillos. Un gran cercado de piedra traza los límites de la huerta, cuya vegetación alimentan los limpios raudales de manantiales inmediatos. El edificio es severo, con la severidad de la fe que le ha dado crecimiento y vida; majestuoso, con la majestad de la tradición, que mira en él un monumento insigne y un albergue venerando; sólido, como la piedad, que fijó allí su hospitalidad y asiento, y extenso y anchuroso, como la caridad cristiana que no conoce límites ni extensión.

»En aquella morada respetable, donde poco há el silencio y la soledad eran solamente interrumpidos por el canto de la corneja que anidaba en sus cornisas, vense ahora la animación y el movimiento, siéntese el apiñado concurso de las gentes y se respira el suave aroma de las flores y el todavía más suave perfume de la cristiana caridad. Parece imposible que en tan poco tiempo se haya dado cima al colosal empeño de convertir este desmantelado edificio en un hospital tan extenso, tan esmeradamente servido y tan bien provisto.»

Actualmente está ocupado por PP. Escolapios, y su recuerdo quedará por muchos lustros perenne, como testimonio del excelente servicio sanitario que poseía el ejército carlista y del magnánimo corazón de su Reina.

Aspecto de una de las salas del hospital de Iраche.

(Pág. 197.)

Todas ellas eran esmeradamente servidas por un personal inteligente y siempre solícito á las menores atenciones del asilo, mereciendo citarse á uno de sus directores, D. Manuel Barrera, por la incesante actividad y abnegación que desplegó en favor de los pobres albergados. Pero las más espaciosas eran las conocidas por salas de San Francisco Javier, San Fermín, Purísima Concepción, Santiago, San Vicente de Paúl, San Miguel, las cuales eran destinadas á soldados, y las de Santa Margarita, San Carlos, San Jaime, Santa Beatriz, San José, Nuestra Señora la Blanca, San Luis Gonzaga, Santa Elvira, cuyas tres últimas eran destinadas á oficiales.

Para que nuestros lectores se hagan cargo de dichas estancias, les presentamos en grabado una de ellas, que da suficiente idea de las excelentes condiciones de luz y ventilación que reunían.

Ataque al fuerte de Ibero.

(Pág. 200.)

Los deseos de Carlos VII obtuvieron por fin realización feliz. Anhelaba desde su retiro de Francia compartir con sus heroicos voluntarios las penalidades de la guerra, y el 16 de julio de 1873, festividad de Nuestra Señora del Carmen, atravesando la frontera sin ningún contratiempo, pisó tierra española entre los estrepitosos vivas de la multitud, los acordes de la marcha Real, el alegre sonido de las campanas de Zugarramurdi y el estruendo de los cañones de Peña-Plata.

A medida que se internaba en el corazón de Navarra, crecían las demostraciones de júbilo que su presencia despertaba en los pueblos; pero el entusiasmo fué delirante en Asíaín, cuando sus habitantes se enteraron de que el fuerte de Ibero no tardaría en ser atacado por los voluntarios de Carlos VII. Don Carlos había traído consigo una preciosa y artística bandera, regalo de un legitimista francés, que tenía la imagen de Nuestra Señora de los Angeles de Pouvoville en su centro. Al verla Lizárraga, insinuó á Don Carlos que se la regalara á uno de los batallones de Guipúzcoa, ya que era de los primeros que había visto, y que se pusiera el ejército bajo la protección de la Virgen.

Antes de salir de Asíaín, Don Carlos, montado en brioso corcel, se presentó á los batallones con la bandera en la mano, y dándola á Lizárraga como enseña del 2.º de Guipúzcoa, dijo: «Voluntarios, aquí os entrego esta bandera para que la plantéis en Ibero.»

Soldados y pueblo acogieron estas palabras con un grito de entusiasmo, y después de saludar con tres avemarías á la imagen grabada en la bandera, rompieron la marcha para Ibero.

Un fortín con unas casas aspilleradas que defendían el fuerte, guarnecidas por unos 200 carabineros, mandados por los Sres. Orcañ y Losada, constituían la defensa de este lugar.

La intimación que les hicieron los carlistas fué contestada á balazos, siendo preciso efectuar el ataque en toda regla.

El enemigo se defendió tenazmente, siendo una de las primeras víctimas de sus certeros disparos el capitán de artillería Nieves, que recibió un balazo en la frente mientras apuntaba un cañón.

Por fin, con la llegada de Olló, debió comprender el enemigo lo inútil de su resistencia, pues que salieron sigilosamente del fuerte los carabineros y se encaminaron por los montes á Pamplona, dejando al pueblo de Ibero en poder de Carlos VII y á sus habitantes locos de contento por haberse librado de huéspedes que, por ser liberales, les eran molestos.

Terrible defensa de los carlistas catalanes desde las montañas del Montseny.

(Pág. 201.)

Dos hechos de esta naturaleza registra la historia de la guerra civil de Cataluña. En los primeros periodos del levantamiento, faltos de municiones los carlistas y acosados tenazmente por la persecución de muchas columnas, tuvieron que valerse de grandes planes estratégicos para burlarlas, como en Balaguer, ó bien aprovechar las escabrosidades del suelo catalán para vencerlas. Vallcebre fué uno de los puntos en que los carlistas, después de agotar por completo sus municiones, consiguieron una victoria á pedradas. En las montañas de Montseny, muy cerca del sitio denominado Pla de la Calma, tuvo lugar otro hecho análogo. Amedrentaban tanto las gruesas piedras á los soldados, que les hacían exclamar con voz estentórea:

— ¡ Tirad balas en vez de piedras !

Resolución de un padre.

(Págs. 203-204-205.)

Es otro de tantos episodios debidos á la magistral pluma del Coronel Capitán de Artillería D. Joaquín Llorens. El renombrado artista Sr. Coll lo ha sabido hermoear con viñetas que se ajustan perfectamente á la parte descriptiva.

De una carta de Venecia que vió la luz en *El Correo Español*, tomamos los siguientes párrafos encomiásticos de nuestra Revista, que agradecemos en el alma y que nos sirven de poderoso estímulo para proseguir mejorando nuestra modesta publicación:

«De grande actualidad es el último número de la excelente revista militar EL ESTANDARTE REAL; y aunque más de una vez he tenido ocasión de hablar de aquella publicación óptima con el elogio que se merece, hoy debo hacerlo especialmente porque aun resuenan en mis oídos palabras augustas encareciendo la necesidad de proteger y recomendar una de las obras de propaganda carlista con más inteligencia concebidas y con mayor felicidad realizadas.

»Carlos VII ha encontrado admirable, exactísimo, el panorama de la batalla de Somorrostro, y no se saciaba de contemplarle, recordando aquella epopeya en que vivía de la vida de sus soldados en un ambiente de honor y de heroísmo.

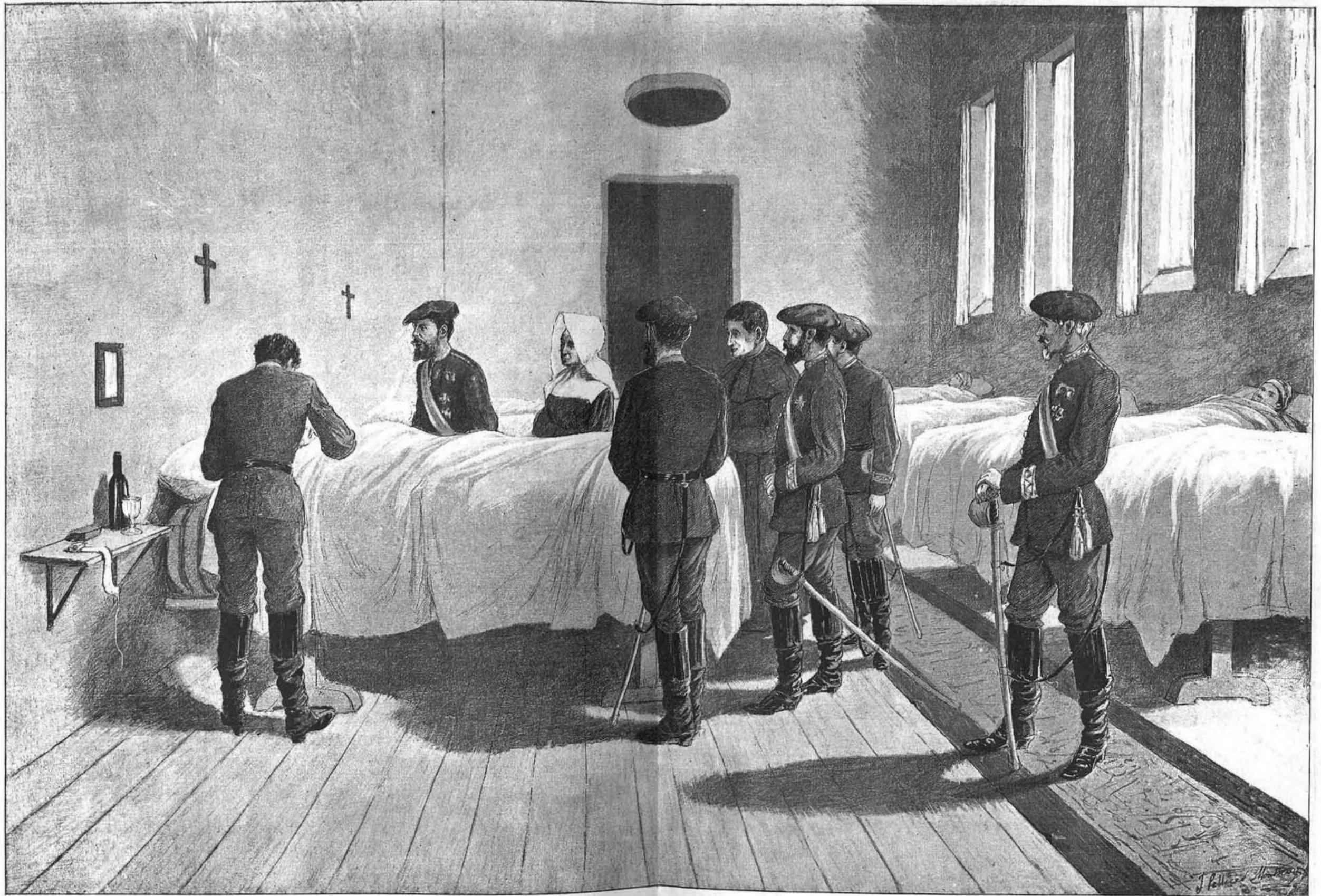
»Al lado de aquel episodio de las batallas de ayer, publica la revista barcelonesa otro episodio de las batallas de hoy, si no tan imponentes y grandiosas, importantísimas también y no de menor trascendencia para el porvenir de nuestra patria y de nuestra Causa: una de las veladas en honor del Marqués de Cerralbo.

»En el primer grabado se ve en todo su realce aquella guerra de gigantes y se admiran los milagros conseguidos por la fuerza de los fusiles y cañones movidos por la fe, el entusiasmo y la disciplina. En el segundo se contemplan los resultados de la propaganda por la palabra, la persuasión y el periódico, movidos por la misma fe, el mismo entusiasmo y, sobre todo, la misma disciplina.

»Si los voluntarios de Carlos VII hicieron prodigios en las zanjas de Somorrostro bajo una lluvia de proyectiles, derramando á torrentes su sangre generosa, sufriendo hambre, frío, trabajos y penalidades sin cuento, ¡cuánto hace y cuánto puede hacer hoy el carlista pacíficamente desde el rincón de su casa, sin abandonar su familia ni las ocupaciones habituales de su vida, difundiendo sus ideas, transmitiendo á otros el ardor que á él le anima, propagando nuestras publicaciones y predicando la sumisión á las autoridades legítimas!

»En las dos láminas están como compendiados nuestros dos campos de acción, y en ambos nos da á todos ejemplo y alientos nuestro augusto Caudillo.»

Barcelona: Imprenta de Fidel Giró, Cortes, 212 bis.



EJERCITO CARLISTA.— VISITA DE DON CARLOS AL HOSPITAL DE IRACHE (NAVARRA)
COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE PELLICER MONSENY.

